

QUERVO

Cuadernos de Cultura

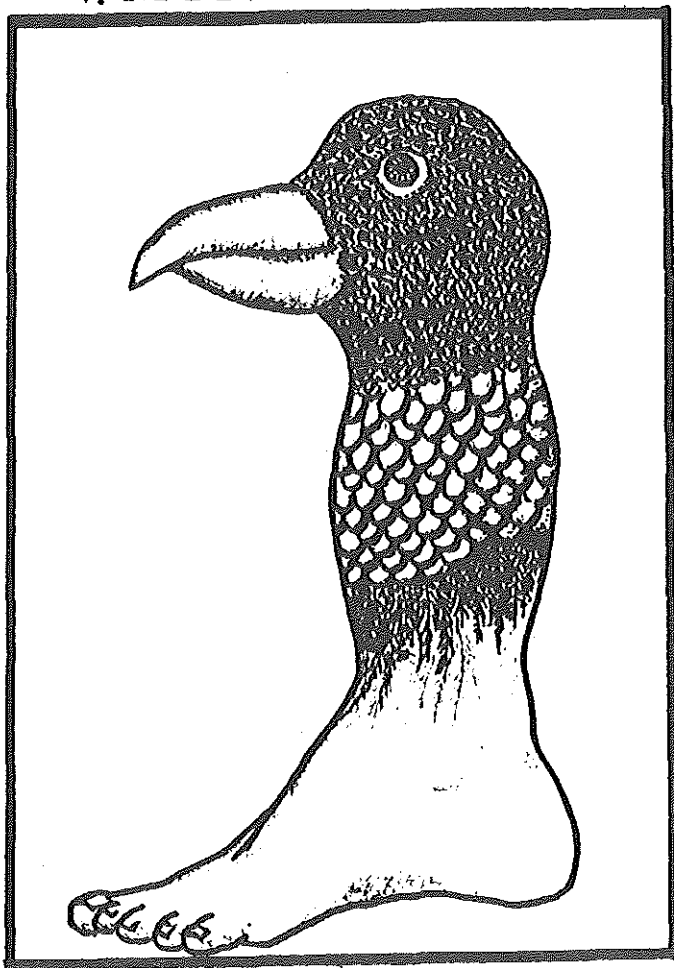
VICENTE MUÑOZ SUAY

por

M. F. MANCEBO

y

V. MUÑOZ PUELLES



«Una vez, en triste medianoche,
cuando, cansado y mustio, examinaba
infolios raros de olvidada ciencia,
mientras cabeceaba adormecido,
of de pronto que alguien golpeaba
en mi puerta, llamando suavemente.
—Es, sin duda —murmuré—, un visitante.
Sólo esto, y nada más...»

(*The Raven*, E. Allan Poe)



Jolly Joker



QUERVO

Cuadernos de Cultura
Monografía núm. 5
Mayo de 1983

Dibujo de la portada:

Vicente Muñoz Suay

Editan:

Pablo Lluch,
Isabel Burdiel, José Luis Falcó y
José María Izquierdo

Redacción:

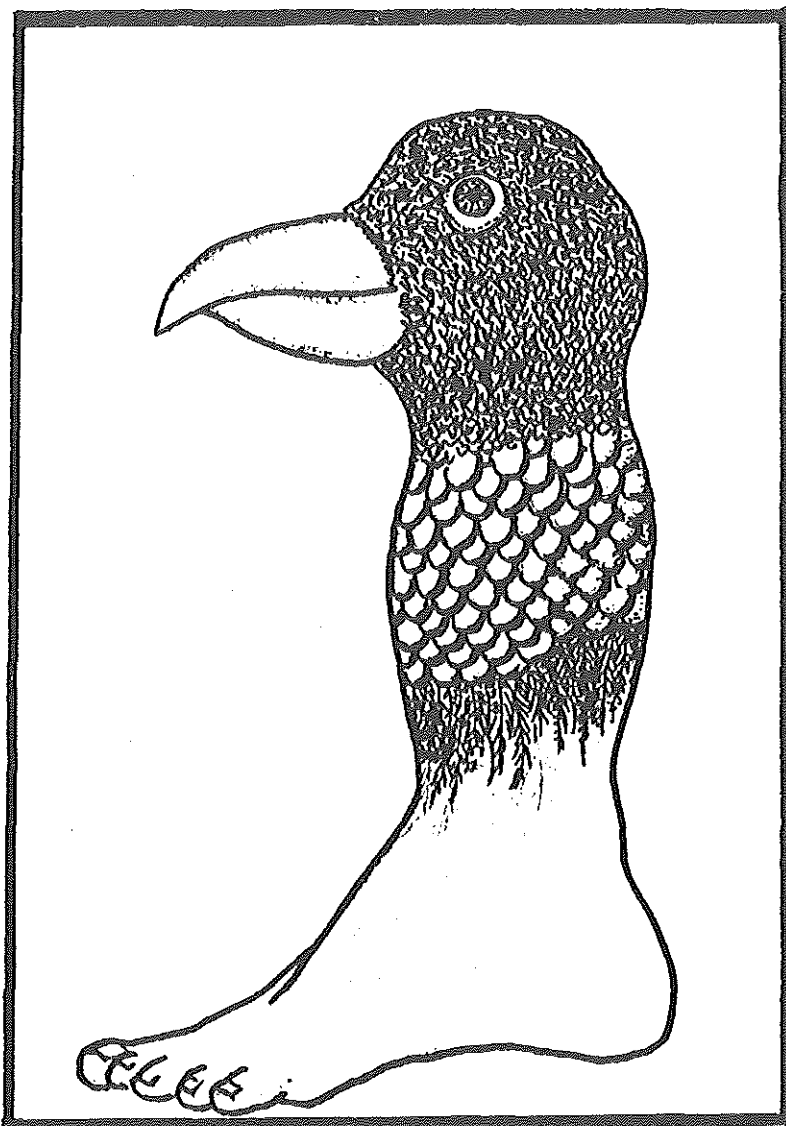
Isabel Burdiel, José Luis Falcó, Pablo
Lluch y José María Izquierdo
C/. Rodríguez de Cepeda, 42, 12
Tel. 360 16 29
VALENCIA

Imprime:

OCMO
C/. Actor Lloréns, 11 bajo
Tel. 361 03 46
VALENCIA

Depósito legal:

V - 1184 - 1983



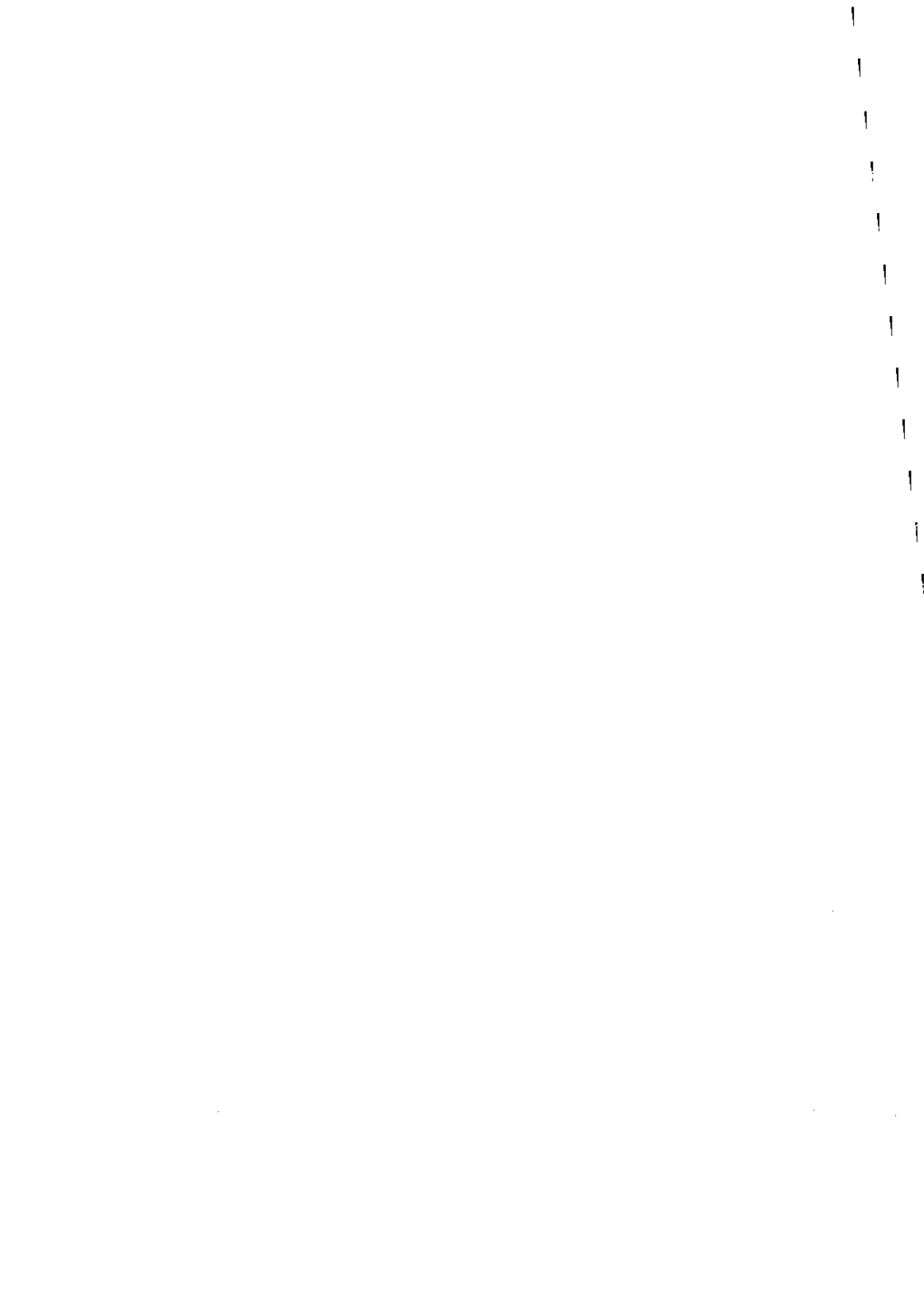
VICENTE MUÑOZ SUAY

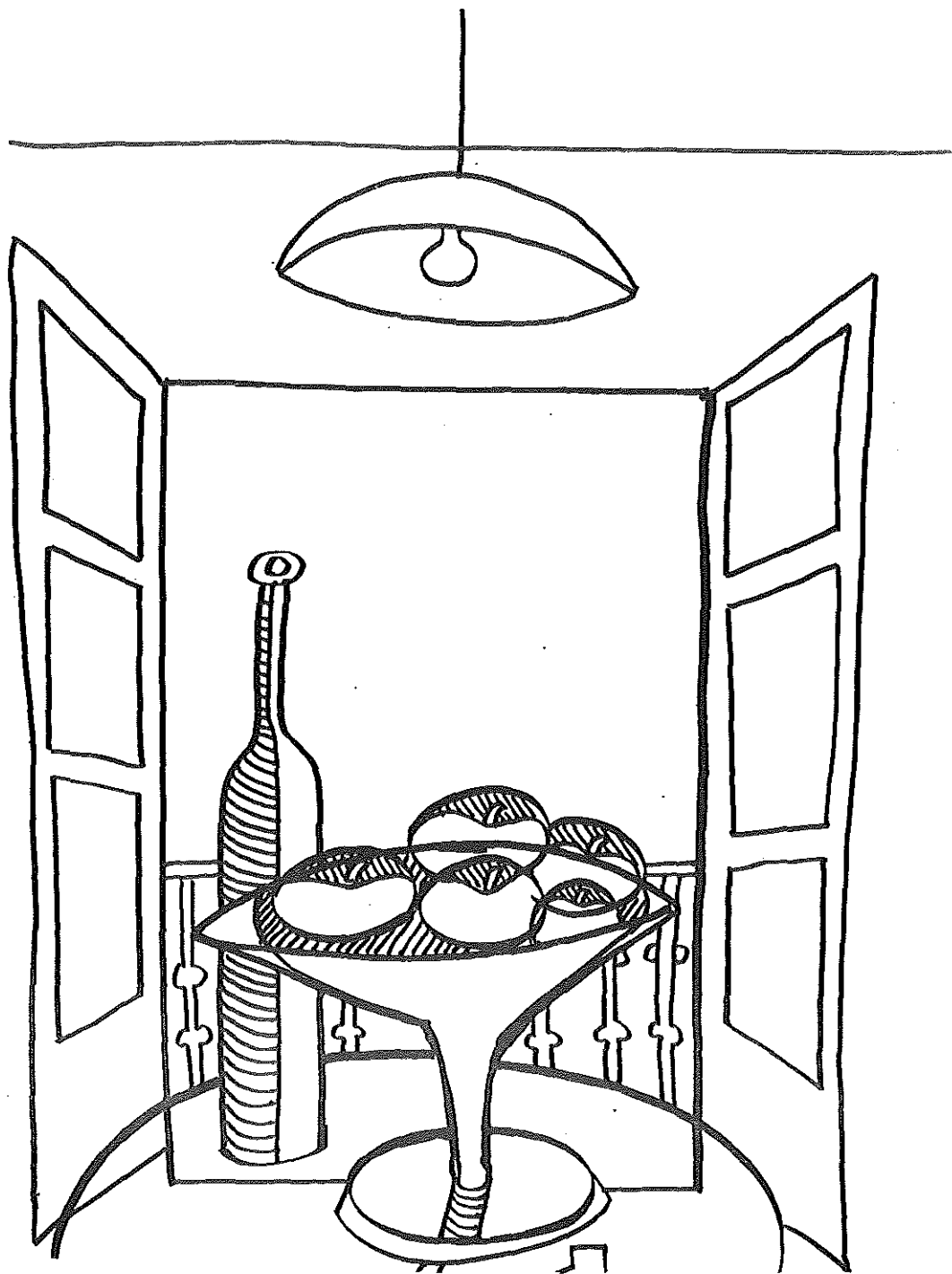
coordinado por

María Fernanda Mancebo

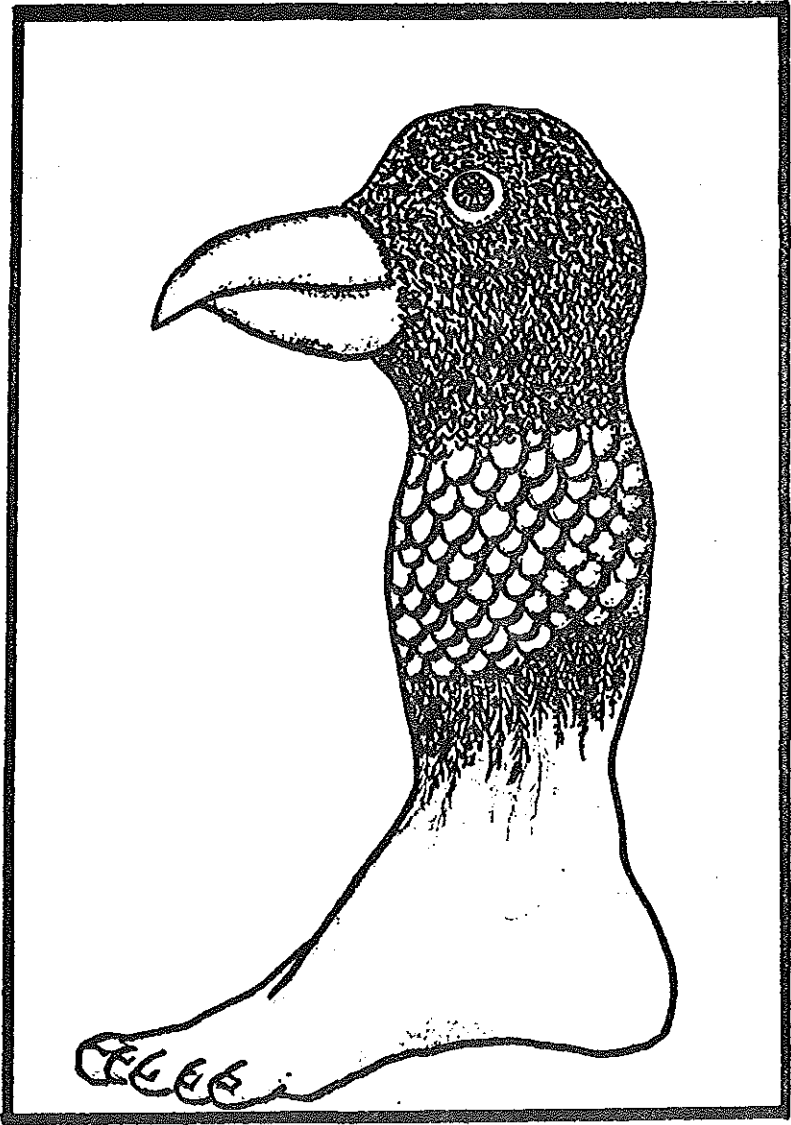
y

Vicente Muñoz Puelles





*Los dibujos que ilustran este cuaderno fueron realizados
por Vicente Muñoz Suay*





La realización de este número homenaje al recientemente fallecido escritor, Vicente Muñoz Suay, ganador del premio Blasco Ibáñez de novela en su XVIII edición, ha sido posible gracias a la colaboración y al apoyo económico de sus antiguos compañeros de la FUE (Federación Universitaria Escolar) de Valencia. Quervo, Cuadernos de Cultura quiere agradecer a ellos, a la familia del autor y a María Fernanda Mancebo la posibilidad de haber podido llevar a cabo este proyecto.

Queremos también recordar a nuestros lectores la publicación en nuestra revista (separata número 6, noviembre de 1982) de un primer relato inédito de Vicente Muñoz Suay, «El premio» acompañado por otro de Ricardo Orozco, «Borrar un diario», amigo y compañero de Vicente Muñoz, que colabora también en este número y que fue director de aquella gran empresa literaria valenciana de los años cincuenta que fue la revista «El sobre literario».

Quervo, Cuadernos de Cultura
Valencia, 1 de mayo de 1983

SUMARIO

I. ENSAYOS

- Carta de Ricardo Pérez Casado dirigida a Ricardo Muñoz Suay 6
- Contestación de Ricardo Muñoz Suay a la carta de Ricardo Pérez Casado 7
- Últimas cartas
 por Vicente Soto 9
- Todos somos pueblo
 por María Fernando Mancebo 13
- El talento y la bondad
 por Luis Galán 15
- La generación dispersa: Días de lucha y esperanza
 por Ricardo Orozco 17
- Nota biográfica y bibliográfica 24

II. TRES RELATOS DE VICENTE MUÑOZ SUAY

- Notas sobre la vida de Manuel 29
- Elías el cojo 31
- El pozo 33

III. VERSOS PROCEDENTES DE NOVELAS MUERTAS

- *Recuerdo vuestras sombras en esta misma casa* 37
- *La guerra os ha llevado a otros lugares* 38
- *Quisiera contarte la vida maravillosamente alegre* 39
- *No llamo por si mi voz no es escuchada* 40
- *Mis párpados se cierran como nubes* 41
- *No me queda razón, me queda vida* 42



El Alcalde de Valencia

València, 28 Gener 1.983

En Ricard Muñoz Suay
VALENCIA

Benvolgut amic i company:

Assabentat del traspàs del teu germà vull comunicar-te la meua solidaritat en moments de dolor així com el gran respecte que tant ell mateix / com tu sempre m'hen suscitat.

En la doble condició d'Alcalde i President dels Premis Ciutat de València, he sabut que aquesta lamentable desgràcia coincideix amb l'atorgament d'un premi volgut, el "Blasco Ibañez". S'ajunten d'aquesta manera el sentiment per tan dolorosa pèrdua i la satisfacció que produeix la segona notícia.

La vida, Ricard, mai no és fàcil i tu ho / saps millor que jo. Acepta, per tant, que t'acompanye en aquests moments,



Ricard Pérez Casado.

Barcelona, 7 febrer, 1983

En Ricard Pérez Casado
València

Benvolgut Ricard:

Entre moltes altres coses, et dec a tu, molt especialment, la meua reconciliació amb València. Ara, novament, ningú millor que tu ha comprès que la mort de meu germà Vicent en un sentit o altre estava dintre de la tradició lluitadora y democràtica de la meua família. Un avi meu va nàixer a Pancorbo perquè al seu pare hi era, exiliat per Ferran VII. El meu avi, però, va tornar a València. Sempre hem tornat a València perquè és la nostra terra, però la volem culta i lliure. I tu, en tant que company, com amic i com alcalde, representes la passió i aquella missió irrenunciable de dotar al nostre poble de llibertat i de rebel·lia.

En efecte, estimat Ricard, la teua vida, la meua, la de tots els nostres companys no és pas fàcil. La vida del meu germà, al qual estava unit per una molt forta estima, no va ésser fàcil. Va lluitar en la clandestinitat, lluità sempre per a salvar-me quan jo estava amagat o bé en perill de mort, però sempre desitjà restar en un segon pla. Era «el germà de Muñoz Suay». I aixó no obstant, el més important d'amdós era el que volia ser: més enllà de tota altra activitat, escriptor. Crec fermement que en premiar-lo heu iniciat, ja, l'homenatge a Vicent, que et va votar a tu i als teus perquè va creure fins el darrer sospir que a València, ara, sou vosaltres els que representeu la voluntat democràtica del nostre poble.

Amb una abraçada plena de dolor i de joia al mateix temps,

Ricardo Muñoz Suay

ULTIMAS CARTAS

por **Vicente Soto**

En la víspera de su muerte **Vicente Muñoz Suay** me escribió. Y eso fue, probablemente, lo último que escribió. Me parece que descubrieron la carta en su mesa (al desnudo, no metida en un sobre) cuando aún él estaba allí cerquita de cuerpo presente. La escribiría, digo yo, en la tarde del 26 de enero (la fecha está allí estampada); quién sabe si ya por la noche. Quiero decir que no parece que la escribiese por la mañana: aquella mañana, que era la de un miércoles, Vicente, firme puntal de ciertos «almuerzos de trabajo» que se celebraban justamente los miércoles («almuerzo» = «armosar» —aquí— «trabajo» = cháchara con algunos buenos amigos), acudió como de costumbre al bar en que desde hacía años había anclado la tertulia.

No he leído aún esa carta. Comprendo que esto parecerá absurdo. Probablemente lo es. Sé que no contiene ningún encargo urgente e importante. Llegó la carta (Vicente hijo me la envió), la miré de refilón... Me impresionó, claro. Su letra estaba allí. La letra de uno es tan de uno como su mirada. O como su voz. No dije nada. Así, callando, consigo a veces —a veces— que pasen con una apariencia de suavidad los momentos malos. La carta empezaba con el habitual «**Querido Vte:** («Querido Vte.» era también el arranque habitual de mis cartas para él) y por fin dije: «**Luego la leeré.**» Creo que efectivamente tenía el propósito de hacerlo. Y luego dije: «*Luego la leeré.*» Y luego y luego y luego... Mi mujer sí, mi mujer la leyó. Le pedí que lo hiciese. «*Nada —me dijo ella cuando terminó de leerla—. Es una carta corriente. Comenta cosas vuestras. Cosas literarias. Y...*». Salí de la cocina. Eso es, estábamos en la cocina. Necesitaba no saber nada más.

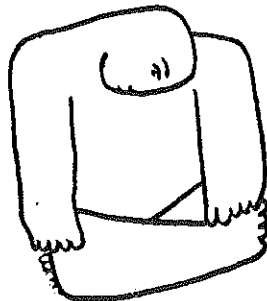
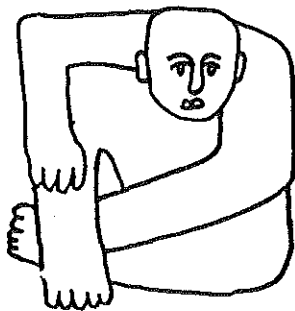
Se trata, pues, de una carta corriente de Vicente, con comentarios sencillos suyos (tal vez algún comentario como éste, deslizado en carta suya no demasiado lejana: «*He tenido mucha suerte con mis amigos*»; sus amigos tuvimos mucha suerte con él, pienso yo). He ahí lo extraordinario: **una carta corriente.**

No tomé en ningún momento la decisión de renunciar para siempre a leerla ni voy aplazando su lectura por tener ningún temor o presentimiento aciago. Voy aplazando esa lectura por conservar viva la carta. Sintiéndola como si aún la esperase. Una situación tan articulada que casi tiene argumento. Más de una vez me he preguntado si no esconderá un cuento (extraño: obsesivo y sin embargo, elusivo, difícil de fijar —creo todavía— en un relato).

También ocurría (ocurría, cada vez ocurre menos) que yo tenía que contarle cosas a él. De pronto, cansado quizá, caminando por ahí o viajando en el metro me sorprendía escribiendo en el aire esas cosas. Esos trozos de carta. O me ponía a escribirlas en la oscuridad de mi insomnio. Sí, yo sufro de insomnio, pero sólo porque sueño tanto que me desvelo. Desde que era pequeño me ocurre. Con frecuencia lo paso bastante bien. De sueño en sueño. ¡Jo. Bueno. Empezaba verdaderamente a redactar y algo después decía: «No, no, ya no puedo escribirle». Me enfadaba con él. «A ver por qué no he de poder. A ver. Joder». Sentía como si en cierto modo las cosas que tenía que contarle no hubiesen terminado de suceder (y sé que tenía razón, que nada termina de hacerse cabalmente sin la palabra generadora). Aún puedo recordar con gran concreción varias de las cosas que empezaba a «escribirle»: la escena de Luis Galán y Reme, su mujer, conmigo y con mi hijo en el aeropuerto de Madrid a comienzos de año (a comienzos del mes cuyo final no iba a conocer Vicente; y Reme y Luis estaban allí haciéndonos un rato de buena compañía porque nosotros regresábamos a Londres después de haber pasado unos días en Madrid, y ellos se iban pocos días después a Ginebra, y yo tenía que hablarle también a Vicente del momento en que allí, en el mismo café del mismo aeropuerto, nos vimos por última vez Tulio y yo...); y cierta visita que hice en Madrid de interés para Vicente; y mis impresiones acerca de una serie (imperfecta y excepcional, francamente reveladora) de programas que estaba dando la televisión inglesa sobre la guerra civil española (aquella guerra que, junto con su posguerra —que también hay que llamar civil, que hay que llamar posguerra civil para que se entienda bien lo mala que fue, lo mezquina que fue— tanto daño nos hizo a los de la llamada (bien llamada) generación perdida, o dispersa; y dos noticias literarias.

Aún puedo recordar esas cosas. Y ya no puedo «escribírselas» a Vicente. Y ya no puedo enfadarme con él. Mi última carta para Vicente se desvanece.

No tardaré ya mucho en leer la última carta de Vicente. Está a punto de llegar. Empiezo a entender que Vicente ha muerto.







TODOS SOMOS PUEBLO

por **María Fernanda Mancebo**

En los últimos tiempos y en la serenidad de su casa, Vicente y yo solíamos hablar de la FUE y de las relaciones del pueblo con la cultura. Con Vicente podía tratarse cualquier tema; en su casa la comunicación surgía con toda facilidad y sencillez. Aquel ambiente tenía algo tranquilizador, que disponía a la conversación o al silencio creativo, o acaso era él quien, pese a las dificultades de la vida cotidiana, conseguía imponer una atmósfera relajante. La altura quizá, de la casa que la aislaba de los ruidos del tráfico, o tal vez las pinturas, dibujos y grabados que, desde la entrada, se extendían cubriendo paredes y acompañando; o los objetos artísticos, aquí y allá o por todos los rincones hacia donde se dirigía la mirada. Carteles, recuerdos enmarcados. Y los libros, revistas, periódicos, documentos que se acumulaban hasta el techo. Porque al fondo, tras el pasillo que había que recorrer lentamente, observando cada detalle, estaba la aún impresionante biblioteca de su padre, el doctor Muñoz Carbonero, heredero de una ilustre tradición. Y, antes, el cuarto de su hijo —cuadros, libros—, y, antes aún, su propio estudio —libros, cuadros—. Naturalmente: Vicente y la cultura, y él y su esposa ofreciendo con generosidad aquella riqueza a quien pudiese apreciarla. Y, claro, yo iba tan a menudo como me era posible, y acudía con mis amigos y hasta con mis alumnos, para que también gozaran de aquello y aprendiesen aquel lenguaje.

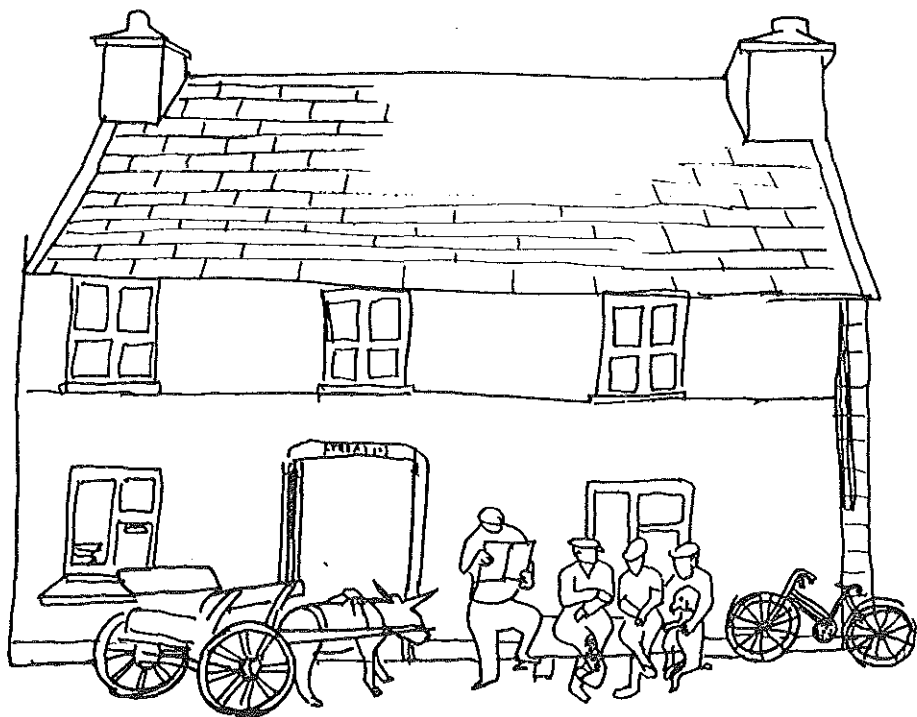
Y allí es donde conversábamos sobre el nuevo trabajo, como habíamos hecho sobre los anteriores. Teresa Ramonet y yo pretendíamos implicarle en un proyecto: «Los aspectos culturales de la FUE», pero él se defendía: «No, si queréis os lo leo, corrijo algo, ayudo..., pero yo tengo que escribir lo mío». Ciertamente, tenía que redactar, revisar, reordenar su propia obra, que había reemprendido pocos años antes. Necesitaba escribir sus cuentos y sus novelas, pero siempre disponía de tiempo para leer a otros, y para aconsejar a cuantos le pedían opinión.

Cuando debía contradecirme o me corregía, Vicente siempre se disculpaba o pedía perdón, con una modestia que no alcanzo a comprender. Lo hacía por de-

licadeza, desde luego, porque después defendía sus criterios con una fuerza tranquila. Parecía muy suave, pero una rotunda firmeza acompañaba a sus afirmaciones sonrientes y, por idealistas, casi ingenuas. No me gusta pensar en Vicente como una persona humilde. Quiero creer que tenía una gran seguridad en sí mismo, aunque su cortesía le impedía ser arrogante. Ahora tengo la impresión de que raramente se equivocaba, y a menudo pienso, ¿qué diría Vicente de esto o de aquello?

De modo que íbamos perfilando ideas, yo contraponiendo aún el pueblo a esa minoría que aparentemente ostenta el monopolio de la cultura: quienes saben, leen, escriben, acuden a reuniones elitistas, y él contradiciéndome: «Hombre, yo creo que pueblo somos todos». Era la opinión de Machado, de Rosa Chacel, de esa joven generación de la República. Porque muy bien V.M.S. puede ser el paradigma de aquellos estudiantes inquietos, que vivieron intensamente su momento histórico y se sintieron llenos de unos deseos de reforma que truncó la rebelión fascista.

Vicente resistió en la nefasta postguerra y nunca permitió que decayera su ánimo. Así, gracias a su tenacidad, pudo llegar hasta nosotros, en los años ochenta, con su palabra animosa, su fácil sonrisa, sus dibujos y sus escritos. En mi memoria su recuerdo no podrá separarse del estudio de la FUE, de los años de la República, de la guerra civil.



EL TALENTO Y LA BONDAD

por Luis Galán

Con ocasión del reciente fallecimiento de **Vicente Muñoz Suay** se habló de *la generación dispersa*.

Aquella dispersión me llevó a mí muy lejos. Cuando volví, ocurrió como en los cuentos que terminan mal. Ni mis amigos ni yo éramos ya jóvenes. Nos habían robado la juventud.

No pudieron robarnos algo más impalpable y valioso: el tacto de codos, la comprensión a media palabra, la maravillosa y exacta sensación de fraternidad.

Con **Tullo Marco** —personalidad encantadora del sector más joven de la generación del 36: «*los quince y los dieciocho, los dieciocho y los veinte*» (Miguel Hernández)—, en cuanto me di a conocer telefónicamente a poco de llegar a Madrid, estábamos hablando, y entendiéndonos las bromas, como si nos hubiéramos separado la víspera. Y con **Jorge Renales (Jorge Campos)**. Y con **Vicente Soto**, apenas nos abrazamos en Londres. Y con **Vicente Muñoz Suay**, al que, siendo él jovencísimo, había entrevistado en casa de sus padres, donde con su hermano Ricardo nos reuníamos algunos estudiantes de la *FUE*.

Nuestra compenetración era profunda. Instalado yo en Suiza por necesidades profesionales, **Vicente Muñoz** fue para mí asiduo corresponsal y comentarista inteligente de lo que acontecía en España.

A raíz de la muerte de **Tullo**, fulminante y tan dolorosa para nosotros, sus amigos, como la suya, trazó un retrato que en muchos aspectos, salvando diferencias temperamentales y vivenciales, puede aplicarse a él. *Tullo*, brillante y melancólico, le parecía simbolizar al perdedor de nuestra guerra. Pudo ser un magnífico escritor o actor o lo que se propusiera. «*Y acabo en nada* —señaló—, *derrotado, como todos nosotros*».

VMS era merecedor sin regateos de un título que yo pongo por encima de todo: el de buena persona. De su correspondencia, que conservo como oro en paño, junto a las cartas londinenses de *Vicente Soto*, trascienden la bondad de carácter y un notable talento literario. Como le reconviniera cordialmente por

no ampliar el radio de acción de sus escritos, «creo —me respondió con cierta amargura— que me he acostumbrado a mascar y digerir mis propios pensamientos y a no comunicarlos sino a los próximos». E insistiendo en esta idea, en la que por desgracia debe haberse mantenido, puesto que la consagración llegó tarde, observó en otro momento: «¿Para qué trabajo? No hago daño a nadie, especialmente si nadie me lee».

Ahora está posiblemente despierto el interés del público lector por sus escritos. Pero VMS no era sólo, no es sólo un escritor. Fue, desde la adolescencia, un militante comprometido, y mantuvo ese compromiso en los tiempos tormentosos de la posguerra civil, cuando a su inmediato alrededor más amenazantes eran las olas.

Escéptico al principio, contribuyó eficazmente al renacimiento de la FUE valenciana, iniciativa secundada por un competente núcleo de universitarios jóvenes, entre ellos la animosa historiadora **María Fernanda Mancebo**, a la que ayudó y puso en relación con la veteranía fueísta.

No hay que echar tampoco en olvido su actividad como pintor, dibujante e ilustrador. Una exposición de sus obras gráficas, aunque él jamás pensó en sacarla a la luz, sería atrayente y oportuna.

«Deberíamos estar acostumbrados a la muerte, pero siempre nos sorprende», decía.

Duelen mucho esas sorpresas. Nos ayudará a sobrellevar la que nos causó su muerte el recuerdo limpio de la bondad y el talento triste de **Vicente Muñoz Suay**.



LA GENERACION DISPERSA: DIAS DE LUCHA Y ESPERANZA

por **Ricardo Orozco**

Escribir de aquellos días es como volver a vivíroslos y casi equivale a sentirlos con mayor intensidad que entonces, por aquello de que lo que se vive es fugitivo mientras transcurre y sólo el recuerdo lo fija e ilumina con nitidez.

Fueron a un mismo tiempo momentos duros y hermosos. Ingratos porque habíamos perdido la guerra y muchos sufrían las consecuencias. Bellos porque, en medio del desastre, logramos reencontrarnos unos cuantos amigos y compartíamos la esperanza, la ilusión de que la desgracia común sería pasajera, aunque enlutara ya para siempre a tantos. El que más, de entre nosotros, tenía entonces diecinueve años, tan pocos como para pensar que, por mucho que durase la mala racha, a su término aún nos mantendríamos jóvenes. Había pues, a pesar de todo, confianza en uno mismo, fe en las ideas defendidas en la guerra y un ansia de vivir contra la que nada podía la adversidad.

Unos acabábamos de salir del campo de concentración, otros de algún momentáneo escondite o destierro. Para los vencedores éramos como enemigos casi desconocidos o considerados menos peligrosos que los demás; inhabilitados de momento para proseguir los estudios o insertarnos en actividades destacadas y sujetos a una vigilancia que podía convertirse en prisión a poco que las cosas se complicaran.

Como redactor-jefe del diario «**Vanguardia**», órgano del Ejército de Levante en la zona republicana, había trabajado yo hasta el final de nuestra guerra con **Manuel Bonilla** y mi primo **Vicente Muñoz Suay**, que por entonces tenía sólo diecisiete años. Y a las tertulias o reuniones que en la posguerra celebrábamos se sumaron **Vicente Aguilera Cerní** y **Ricard Blasco**, que también ocuparon durante la contienda puestos de cierta responsabilidad, y circunstancialmente **Jorge Renales**, antiguo compañero mío en el diario «**La Hora**» y que entonces empezó a ser conocido por nosotros como **Jorge Campos**. También asistía a menudo **Virgilio Carretero**, condiscípulo del Instituto y filósofo en ciernes, que guardaba muchos cuadernos con pensamientos e ideas para desarrollar más adelante.

En casa de unos y de otros, en la de **Bonilla** y en la mía por lo general, nos juntábamos para leer lo que escribíamos y a fin de conversar de política y hacer proyectos. Cuentos, novelas, poemas, artículos o ensayos iban surgiendo de nuestras mentes. En particular yo escribía por entonces obras de teatro comprometido, irrepresentable e impublicable siquiera, que convenientemente mecanografiadas, cosidas y con portadas dibujadas o pintadas por mi primo, eran leídas en voz alta por mí y circulaban luego de mano en mano. Vicente y yo solíamos pasar nuestros escritos a uno de los **Gaos**, Ignacio, que tenía que guardar reposo por una larga enfermedad y al que visitábamos con bastante frecuencia. A veces en casa de los Gaos, aparte de con Lola, nos encontrábamos con otro de los hermanos, Vicente el poeta, que sólo asistía cortos momentos a nuestra tertulia. Este último, aunque tenía mi misma edad e incluso era menor que Ignacio, nos trataba con cierta ironía más bien propia de persona mayor que estaba por encima de nuestros «escarceos» literarios. Era amigo de **Dámaso Alonso** y perseguía por entonces objetivos más concretos, o por lo menos más inmediatos.

Casi todos habíamos pertenecido a la **F.U.E.** (Federación Universitaria Escolar) durante nuestros años de estudiantes, y principalmente al comienzo de la contienda se incrementó nuestra actividad en aquella organización. Después hubo varios intentos de reorganizarla, que fracasaron y dieron en la cárcel con parte de los protagonistas.

Me separó del grupo un servicio militar obligatorio que duró tres años y medio (tras denegación de prórroga por estudios), y aún hube de dar gracias por la exclusión de un batallón disciplinario, al que me habría visto asignado de no ser por la intervención de un coronel retirado conocido de mi padre, que logró modificar mi calificación de «desafecto al régimen» (muy justificada) por la de «indiferente».

Cuando transcurrida esa etapa quedé libre fui a residir en Barcelona, donde trabajé para el editor y psicólogo húngaro **Oliver Brachfeld**. Hasta dos años después no me reintegré a Valencia, en la que nuestro grupo ya se había dispersado. Luego, con el tiempo, la desbandada aumentó: **Bonilla** marchó a establecerse como librero en Méjico; **Ricard Blasco**, tras publicar su revista «**Corcel**» junto con **Jorge Campos**, se dedicó al cine momentáneamente; **Aguilera Cerni** empezó a especializarse en arte; **Carretero** acabó por entrar de funcionario en la UNESCO y **Vicente Gaos** partió de profesor a América. Por su parte, **Jorge Campos** volvió a Madrid para dedicarse a trabajos literarios, que alternaba con sus libros de narraciones.

Del grupo inicial sólo quedábamos mi primo y yo. Entonces tuve la idea de fundar la revista que siempre nos había atraído crear, pero presentándola de una manera inusitada, embutida en un sobre adecuadamente ilustrado y disfrazada así de «colección de entregas», para burlar la prohibición de la censura de nuevas revistas que no estuviesen dirigidas por un periodista oficial, es decir, adicto al régimen imperante. Así nació «**El Sobre Literario**», en el que además de colaborar con casi todas sus viñetas e ilustraciones, mi primo Vicente

publicó poesía y ensayo. Años atrás él había llevado a cabo la primera versión íntegra al castellano del **Adonais** de **Shelley**, que apareció en una edición muy bien presentada (una traducción parcial había salido antes, firmada por el poeta **Altolaguirre**).

Aunque hablábamos interminablemente de política, literatura, filosofía y todo lo imaginable, caminando arriba y abajo por las calles de Valencia, mi primo aludía muy parcamente a sus trabajos y sólo tras mucha insistencia consintió en darme a leer capítulos de una novela autobiográfica a la que se dedicaba por entonces. Estaban escritos en un estilo conciso, introspectivo, y le gustaba a veces recurrir a expresiones poco corrientes, no rebuscadas sino atrevidas y deslumbrantes, algo unamunescas y también un tanto barojuanas. Sobre todo era un gran admirador de **Pío Baroja** y, por su modo de hablar incisivo, recordaba al gran escritor vasco. Creo que no llegó a terminarla, pero le sirvió de base para posteriores obras. Había leído mucho y seguía haciéndolo, como todos los de nuestro grupo, y él su hermano, el cineasta y crítico **Ricardo Muñoz Suay**, nos abastecían de obras de una infinidad de autores, salidas de la gran biblioteca de su padre, a pesar del cartelito de «no se prestan libros» que ostentaba una de las estanterías.

Por entonces tuvo lugar la única sesión de un teatro de ensayo denominado «**El Paraíso**», organizado en el chalet del mismo nombre por sus dueños, **María de Gracia Ifach** y su marido, **Francisco Ribes**, muy relacionados con la viuda del poeta **Miguel Hernández** y que dieron los primeros pasos para divulgar la obra de éste después de su muerte en la cárcel. **Francisco Ribes** publicaría luego la célebre y discutida *Antología consultada de la joven poesía española*, en la cual figuraron nueve poetas seleccionados por colegas de éstos, además de por críticos y directores de revistas literarias. **Celaya**, **de Nora**, **Otero** y **Vicente Gaos** fueron cuatro de los incluidos en la antología. A la anteriormente citada sesión de teatro, que pronto abriría paso a otras tentativas escénicas, asistimos como invitados unos cuantos amigos, entre ellos el entrañable **Tulio Marco**, de nuestra misma generación, que había actuado durante la guerra en la compañía teatral «**El Búho**», fundada por la F.U.E. de Valencia y quien sólo ocasionalmente aparecía por nuestras tertulias. Tulio, ya desaparecido, escribía en aquel tiempo, pero era muy exigente y reservado con sus páginas y creo que sólo a mi primo Vicente le dio a leer parte de ellas.

Fue por aquella época pasajero visitante de nuestra rodante redacción de la revista y colaborador de ésta otro miembro de nuestra generación, **Vicente Soto**, que luego se afincaría en Londres y alcanzaría celebridad al ganar el Premio Nadal del 66. Mi hermano **José Domingo**, autodesterrado en Canarias para escapar de la policía política, colaboró con nosotros y publicó su artículo definitorio de nuestra posición: «**Sobre un nuevo humanismo**». Los suplementos de la revista dieron a conocer su *Visión desesperada*, libro en el que se revelaba como intenso y hondo poeta, condición confirmada más adelante por *Tierra nuestra*, *Huella del tiempo* y otras obras. De **Ricardo Muñoz Suay**, nuestro corresponsal en Madrid, se publicaron su *Canto al cinema*, más adelante reeditado en Francia, y una serie de artículos dedicados a la labor del *indio*

Fernández, el famoso director de cine. Y **Manuel de Pedrolo**, aparte de ser nuestro corresponsal en Barcelona, publicó un extenso ensayo sobre la literatura catalana de la primera mitad del siglo, escrito en su lengua vernácula. También colaboraron con nosotros los famosos **Nicolás de Ormaechea** («**Orixe**») y **Luis Pimentel**, en sus respectivas lenguas vasca y gallega, y hasta **Berlanga** y **Bardem** nos obsequiaron con dos poesías inéditas, cuando ya eran conocidos en nuestro cine.

El escritor **Juan Eduardo Zúñiga**, perteneciente así mismo a nuestra generación, nos conectó desde Madrid con el grupo progresista de la revista «**Vértice**» de **Coimbra**, y otro autor nuestro, valenciano, **Fernando Ferraz**, escribió un cuento para nosotros, que además fuimos apoyados por colaboraciones de otro componente del equipo, **Juan José Estellés**, y las de **Jorge Campos**, **Vicente Carrasco**, **José Luis Cano**, **Pedro Caba**, **Juan Luis Alborg**, **Azcoaga**, **Garciasol**, **Leopoldo de Luis**, **Rodríguez Huéscar**, **Pla y Beltrán** (con el seudónimo de **Pablo Herrera**), **María Beneyto**, **Angelina Gatell**, **García Atienza**, **Enrique Nácher**, **Víctor Maicas**, los pintores y dibujantes **Eduardo Vicente**, **Pont Segrelles**, **Gumbau**, **Zamorano** y **Antonio Edo**, el escultor **Esteve Edo**, muchos jóvenes directores de las revistas poéticas españolas, etcétera.

Asistíamos entonces a una tertulia en el café **Noel** de Valencia, mesa por medio de otra presidida por el popular ex dirigente de la **F.U.E.** **Pepe Bonet**. También nos reuníamos en la casa de otro colaborador, el poeta aragonés **Raimundo Gaspar**, aquejado de una parálisis, y en la librería de **Juan García Rigal**, que aparte de colaborar en las páginas de la revista fue luego socio económico de ésta.

Pero la dispersión tenía que volver a alcanzarme también a mí y a proyectarme fuera del país. En el 57, después de varios choques con la censura, marché a la Argentina y por espacio de veinte años mantuve un contacto menos intenso con los amigos de España, entre ellos mi primo Vicente, acaparado entonces por su actividad laboral, aunque sé que nunca dejó por completo la literatura, cultivada en su casa junto con la pintura y el dibujo.

En Buenos Aires encontré a varios miembros de nuestra generación: a **Ricardo Bastid**, antiguo dirigente de la **F.U.E.**, pintor y escritor que celebró varias exposiciones de sus cuadros y vio publicada su novela **Puerta del Sol** antes de morir en un accidente de tráfico, y a **Teresa Ramonet**, de menos edad que nosotros, periodista y autora, entre otros libros, de una biografía de **Marie Curie** y que luego ejercería de profesora en Francia. Un escritor refugiado allí, también español, **Manuel Lamana**, publicó dos novelas en la editorial Losada, e igualmente estuve en contacto con otro exiliado, **Nicolás Sánchez-Albornoz**, hijo del célebre historiador D. Claudio e historiador él mismo y luego profesor en Estados Unidos.

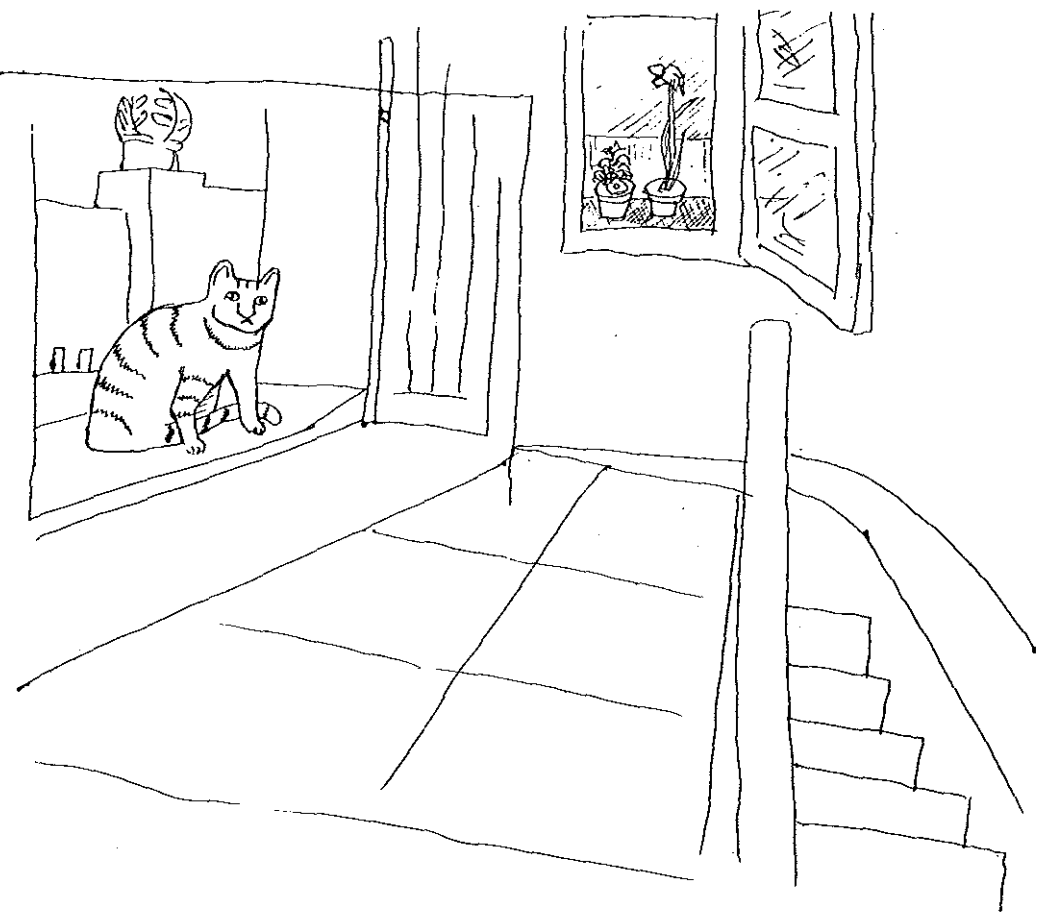
Cuando en el 77 regresé a España encontré a mi primo Vicente consagrado por completo a escribir. Volvimos a hacer proyectos, a intentar reconstruir el mundo mágico al que habíamos vivido ligados tanto tiempo.

—Estamos acabados —me dijo una vez sin creerlo, porque seguía escribiendo.

do con toda fe, concurriendo a concursos, y uno no se siente acabado mientras lucha y mantiene la esperanza.

Íbamos a intentar todavía muchas cosas juntos, después de reagrupar a unos cuantos componentes de nuestra generación marginada, dispersa, para dar fe de que seguíamos con vida e ilusión. Y entonces le sobrevino la muerte, casi a la vez que alcanzaba su primer premio literario, ese premio que buscaba, más que por deseo de triunfar, por el ansia de sentirse todavía vigente, necesitado de clamar a todos su confianza en la razón de la existencia, por sobre su aparente escepticismo.







NOTA BIOGRAFICA

Vicente Muñoz Suay nació el 1 de marzo de 1921. Era hermano de Ricardo Muñoz Suay, cineasta, e hijo de Ricardo Muñoz Carbonero, que fue presidente de la Cruz Roja local y del Partido Radical Socialista y concejal de Sanidad, y de Carmen Suay Giner. Durante la guerra civil trabajó en «Vanguardia», diario del ejército republicano de Levante. La represión fascista le impidió seguir estudiando. Durante la postguerra escribió numerosos cuentos y un guión de cine (1948), y efectuó algunas traducciones, entre las que destaca la del «Adonais» de Shelley, que apareció en 1946, por primera vez en versión íntegra. Publicó poemas y artículos en «El sobre literario», revista que surgió en 1950 y sólo se editó durante tres años, y de la que era director Ricardo Orozco; dibujó también algunas ilustraciones de dicha revista. Obligado por el trabajo, apenas escribió durante muchos años. Los primeros síntomas de una afección cardíaca le hicieron retirarse en 1979. Desde entonces hasta su fallecimiento, ocurrido el 27 de enero de 1983, compuso cinco novelas (una de las cuales desdobló luego en otras dos) y catorce cuentos. Llegó a la final del premio Planeta de 1980 con la novela «Ecos y figuraciones», donde conjugaba las tribulaciones de una familia durante la guerra civil con las alucinaciones de un dictador agonizante. En noviembre de 1982, los cuadernos de cultura «Quervo» publicaron su relato «El premio». Había iniciado otra novela. Pocas horas después de su muerte, se comunicó a su familia que había ganado el premio Blasco Ibáñez, en su XVIII edición, por la novela «El trayecto». Dicha obra describe, a través de protagonistas cambiantes y continuas alteraciones temporales, el trayecto de una línea de tranvías que concluye en el cementerio de Valencia.

La bibliografía de V.M.S. incluye:

OBRA INEDITA

Poesía.—Numerosos poemas sueltos, desde 1938 a 1976, y «Versos procedentes de novelas muertas» (1942-1944).

Un guión de cine: «Un año después» (1948).

Cuentos.—«Iki», «La serpiente», «Una vieja pelea», «El espejo ovalado», «Ja-que mate», «El ascensor», «El objeto enterrado», «Un hombre ejemplar», «Desde dentro», «La ciudad», «El nueve», «La lectura», «La madre de Eneas», «La oruga inmóvil», «Carta a lápiz para ser arrojada al mar dentro de una botella», «Amasijo» (colección de cuentos, 1979).

Novelas.—«Ecos y figuraciones» (1979-1980, finalista del premio Planeta de 1980), «Mientras» (1980), «El balcón» (1981), «Una sonrisa de conejo» (1981-1982).

En 1982 desdobló «Ecos y figuraciones» en «La familia» y «Epitafio para un tirano».

Al fallecer había terminado los tres primeros capítulos de otra novela, que llevaba el título provisional de «Aquelarre».

OBRA PUBLICADA

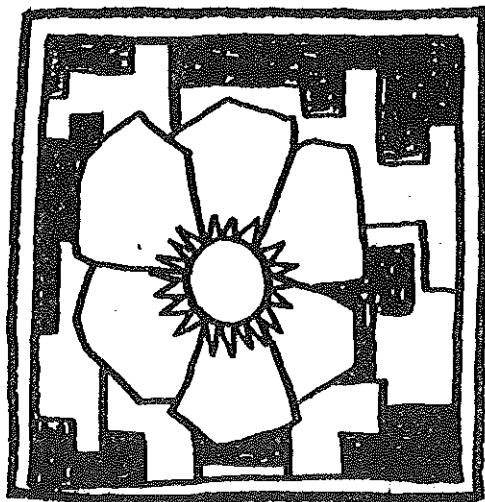
Artículos, poemas y viñetas en «El sobre literario» (1950-1953).

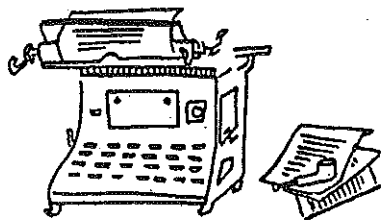
«El premio», Quervo, Cuadernos de Cultura (nov. 1982).

«Notas sobre la vida de Manuel», «Elías el cojo», «El pozo», Quervo, Cuadernos de Cultura (mayo 1983).

«El trayecto», Editorial Prometeo (mayo 1983).

Traducciones publicadas: «Adonais», de Shelley, Colección Nuestro Tiempo (Madrid 1946). «Cuando el mundo se estremeció», de Rider Haggard (Barcelona 1948).





TRES RELATOS

NOTAS SOBRE LA VIDA DE MANUEL

por Vicente Muñoz Suay

Manuel era un poeta fracasado, un pintor fracasado, un inventor fracasado, un domador fracasado, un filósofo fracasado; en cuanto a calamidad, también era una calamidad bastante fracasada; era un tipo gris, con fugaces destellos de ingenio y lucidez.

En cierta ocasión pintó un cuadro que cambiaba según la hora y la luz: el lienzo era como una ventana. Pintó luego su retrato de cuerpo entero, que como él mudaba de ropa: este lienzo era de cristal azogado. Cuando pintó el mar sobre el mar mismo, para que la semejanza fuera mayor, se le agotaron los colores; además, las olas reales empujaban a las pintadas y los grandes peces verdaderos se comían a los pequeños peces pintados.

Una temporada estuvo perfeccionando un péndulo que no debía detenerse. Nunca lo consiguió, aunque cada vez que nos veíamos me contaba sus progresos y me hacía una demostración: con frecuencia pasábamos noches enteras vigilando las oscilaciones del péndulo, que siempre acababa deteniéndose. Como él pasaba muchas más noches en vela, empecé a temer por su salud. Afortunadamente, concibió un nuevo invento: el papel higiénico de plástico, que podía utilizarse y lavarse, utilizarse y lavarse. Pretendía que con ello el país obtendría una gran economía, pero nunca se decidió a comercializarlo.

Adiestró un mono para que tocara el piano. Cuando todos creíamos que Manuel interpretaba el «Claro de luna» en la habitación contigua, era el mono quien lo hacía. Pero Manuel nunca llegó a confesarlo: odiaba al mono por su mayor virtuosismo y también porque sabía que el frac le sentaba mejor.

Muy serio, me decía a menudo: uno nunca muere del todo; vive una y otra vez la misma vida, sin recordar la versión anterior. Nada ocurre sino tu propia vida: siempre lo mismo, que nunca reconoces. Fallecen tus abuelos, tus padres, tíos, amigos; se suceden las guerras, las cárceles, las torturas; momentos de alegría y amor, nacen hijos, nietos... Y llega el aparente fin, que es el principio: de nuevo se nace rodeado de abuelos, tíos, padres. Y prosiguen las guerras, las torturas, el hambre. Pero llega un día en que adviertes la trampa, en que descubres que siempre has repetido actos, gestos, frases. Y dudas si vives o solamente sueñas, si eres tu propio sueño, una niebla que se reitera, un instante en que todo se ilumina, en donde todo sucede de nuevo o todo se congela ante los infinitos espejos que componen el tiempo. El mundo empezó como está ahora, no como cuentan los libros.

Manuel sorprendió a su mujer y al mono virtuoso haciendo el amor entre las ramas de un árbol: a cada sacudida caían hojas y huían pájaros. Nunca les perdonó: la perfección con que los dispares amantes mantenían el equilibrio denotaba una práctica considerable. Desde entonces, Manuel y su mujer durmieron en camas separadas, y las raciones del mono disminuyeron.

— Me arrepiento —aseguraba afligido— del bien y del mal que he hecho. En realidad, estoy arrepentido de todo cuanto hice.

— ¿Acaso es usted —le pregunté— partidario de la inactividad?

— No sé —respondió—. Soy consciente de no haber hecho nada meritorio. El bien que proporcioné ha sido escaso y aplicado a quien no lo merecía. El daño que he causado, también escaso y mal aplicado. Habría que saber aplicar el bien y el mal.

Desconozco a qué buenas o malas acciones se refería. Por lo que he averiguado, nunca hizo nada particularmente digno o indigno de mención.

Un día fingió improvisar una cancioncilla que decía:

«El mono no es de nadie.

Tampoco yo lo soy.

Lo que somos hoy

es un poco de aire.

Danzad, amigos, hoy,

que ya me voy

donde no hay nadie».

— La compuse —comentó riendo— al cumplir doce años. Entonces no tenía mono. Fue, pues, una canción premonitoria.

Cierta noche me dijo que tiempo atrás había pintado una muchacha, vestida con traje de terciopelo negro, ante una arboleda amarillenta.

— En ocasiones —me explicó—, la muchacha del cuadro se me representa desnuda en la memoria.

Me miró como pidiendo mi parecer.

— No sé —prosiguió— si recuerdo mal el retrato o si pinté dos cuadros diferentes. Acaso la muchacha desnuda no existe sino en mi imaginación. O es la otra la imaginada.

Pedí que me mostrara el cuadro.

— Lo he vendido a un sacerdote —contestó—. No sé que opinará de esas metamorfosis.

En su último día se propuso contarse a sí mismo cuanto le sucedía, con el mayor detalle y a medida que se producían los hechos. Empezó situando la acción y el verbo en el presente, pero acabó —contar es más lento que vivir— empleando el pasado. Cuando llegó a relatar su propia muerte, su cuerpo ya estaba infestado de gusanos, y su mano huesuda apenas sostenía el lápiz.

Poco después asesiné al mono y coloqué su cadáver junto al de Manuel, en el mismo féretro. Parecían dos hermanos gemelos de distinto tamaño. El rostro de Manuel había ido adquiriendo los rasgos del mono, o tal vez fuese al contrario. Resultaba curioso.

ELIAS EL COJO

por **Vicente Muñoz Suay**

Siempre —con la posible excepción del momento presente— poblaron la región brujas o curanderos o anacoretas, seres con poderes presumiblemente sobrenaturales que influían negativa o positivamente en la vida de los demás, aconsejándoles o actuando a favor o en contra de amigos o enemigos reales o imaginarios, curándoles, rezando por ellos, maldiciéndoles o hechizándolos, proporcionándoles bebedizos malignos o inanes o beneficiosos.

Habitaban en chozas, ermitas semiderruidas, grutas o simplemente en los huecos de los árboles añosos. Uno de dichos personajes, Elías el Cojo, residía en lo alto de una colina pedregosa, al abrigo más bien simbólico de una gigantesca encina desvencijada, y parecía consagrar su vida monótona a la contemplación y a la penitencia. Cuando los moradores de la ciudad y las aldeas próximas le llevaban alimentos y los depositaban a sus pies, Elías el Cojo no daba muestras de agradecimiento; ni siquiera examinaba los obsequios; absorto en supuestas meditaciones, miraba siempre al frente. Nadie pudo adivinar en qué pensaba mientras fingía contemplar un punto situado tras la ciudad, en un monte distante o más allá incluso. Si alguien se colocaba ante él, Elías el Cojo no se inmutaba y permanecía con la vidriosa vista al frente, sin percibir la faz o el chaleco de los intrusos. Aseguraban los aldeanos que Elías el Cojo era un santo. Sin embargo, se desconocían sus milagros: no parecía poseer el don de lenguas ni haber sido especialmente virtuoso antes de llegar a aquel lugar. Rumoreaban algunos que había sido un rufián o acaso un asesino y que ahora, permaneciendo mudo e inmóvil como una piedra, pretendía purgar sus culpas, conducta que unos cuantos consideraban ineficaz y los más ejemplar y saludable. Durante un tiempo se murmuró que había sido condenado injustamente a galeras y que había escapado de ellas amputándose su propia pierna, que dejó unida al grillete. Consideraban otros más verosímil que hubiese perdido aquella extremidad a causa de la infección de una herida, infligida quién sabe cuándo, dónde y por qué. Además de la evidente cojera, Elías aparentaba sordomudez absoluta y acaso algún defecto visual irreversible. Presentándosele ligera de ropas, alguna mujer probó a seducirle, pero ninguna consiguió vencer la impasibilidad o el riguroso silencio del presunto santo. Su absorta mirada no rehuía los rayos del sol canicular, y su enjuto cuerpo, apenas cubierto de andrajos, no temblaba de frío en las crudas noches invernales.

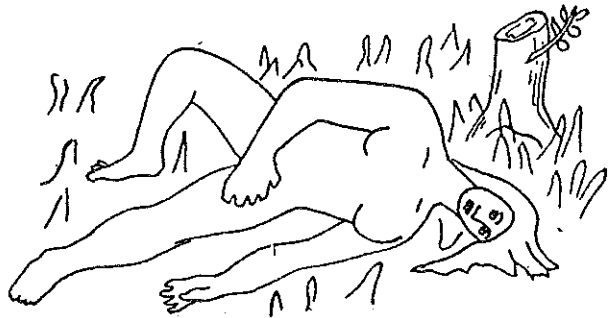
Con honda y desde regular distancia, un pastor curioso le lanzó cierto día un canto rodado; se oyó el impacto en el cráneo de Elías, pero ni una queja brotó de sus labios apretados, ni una lágrima cayó de sus ojos. Había conseguido la insensibilidad total; tal vez era ése el milagro. Para comprobar la ausencia del dolor —la de la alegría se daba por descontada—, un anciano diabólico le acercó al rostro una antorcha encendida, que al instante consumió la hirsuta cabellera. Como Elías no manifestara reacción, niños, mujeres y hombres lo lapidaron; prendieron fuego a haces de leña, bebieron vino y holgaron a la luz titubeante de las hogueras. Al amanecer, una vez que la niebla se hubo deshinchado ante el empuje refulgente del sol, todos advirtieron la desaparición de Elías. En su emplazamiento se erguía una roca ennegrecida cuya forma recordaba vagamente la del pretendido santo. En torno a dicha roca y a la enorme encina se ha nivelado el terreno y, dos veces por año, la gente de los alrededores celebra excitantes romerías.

EL POZO

por **Vicente Muñoz Suay**

Estoy aquí abajo escuchándoles. Oigo cómo se inquietan o lo simulan. Parecen nerviosos, como chacaes prestos al ataque. Siempre ocurre así: se aproximan, discuten, hablan, comen, porrfan de nuevo, ponen en funcionamiento la radio, fornican tumultuosamente, encienden la hoguera, la apagan, se alejan. Y vuelta a empezar. No son los primeros, pues antes que ellos han venido parejas y grupos y hasta visitantes solitarios. Y todos actúan de forma análoga. Estoy sangrante y tumefacto, pero me miran y fingen no verme. Les hablo, pero sólo se escuchan a sí mismos. Seguramente se creen muy bondadosos e imaginan que harían cualquier cosa por socorrerme, pero siempre desisten, arguyendo que precisan objetos que no tienen: cuerdas, escaleras, qué se yo. Se observan conmovidos, musitan grandes frases, sollozan y seguidamente tratan de olvidarme, lo cual debe resultarles bastante fácil. Bailan en ocasiones en torno al fuego, que haciendo ruido y agitándose aplacan su conciencia, o recitan poesías para enternecerse. Con frecuencia entrelazan los dedos de sus manos afectando pánico, simulando que mi petición de ayuda, que astutamente interpretan como un aullido amenazador, les aterroriza, como si esperasen que de un momento a otro surgiera un monstruo entre las sombras del pozo. Saben, sin embargo, que eso no puede suceder, que aquí dentro no hay monstruo alguno, sino un hombre corriente que precisa auxilio. Pero a ellos sólo les importan sus intereses. Y, para acallarme o mostrar su indiferencia, me arrojan distraídamente piedras al rostro, o brasas humeantes, o se orinan en el pozo y me salpican. ¿Qué les he hecho? Existo y eso les duele, quisieran desmentir mi presencia, olvidar que estoy aquí, que permanezco aquí desde siempre, que me quedará cuando ellos se vayan. Y los que luego vengan simularán también que ni me ven ni escuchan. Creo que algunas noches son más conscientes y se recriminan por no haberme ayudado, por abandonar a un hombre que sentía dolor y hambre y sed, por cubrirme de excrementos y de cenizas. Pero no todos son tan sensibles: sólo los que, una vez u otra, han estado a punto de caer en el pozo. Porque los otros, los triunfadores, nunca vacilan; si acaso, tejen historias, fingen sentimientos altruistas, delicados, honestos, justos. Pura hipocresía, porque nada hacen por ayudar al hundido en el pozo. Como mucho, dicen que lo lamentan. Yo espero sin embargo un apoyo concreto, quiero que

me miren a la cara, que escudriñen las cuencas vacías de mis ojos, mis labios rotos, las encías sin dientes, que escuchen mi súplica, mi grito de socorro, mi voz sumergida, empapada en degradación, en rabia. Pasan de largo porque les irrita cuanto les aparta de su vacuidad, de su estupidez, de su ignorancia. Soy como un gusano, como una carcoma, una lombriz inútil, una especie de mala conciencia. Podrían tenderme la mano, pero temen que los arrastre al fondo y que el resto de sus vidas transcurra como la mía entre unas paredes húmedas, viscosas, inmundas, contemplando desesperadamente la esperanza, sabiendo que nadie está dispuesto a escucharles, a pronunciar con sinceridad una palabra amistosa. Arriba hay enebros, violetas, hierbas perfumadas, el azul del cielo, la posibilidad de no recordar el llanto. Aquí abajo, en esta fosa, sólo existe el rencor. Y acaso les convenga no alargar el brazo, porque al sujetarlo les rompería los tímpanos, los taladraría hablándoles de solidaridad y fraternidad y todas esas monsergas en las que simulan creer. O quizá no haría nada, porque siempre se han comportado así y dudo que tengan remedio. Se han acostumbrado a reír o despreciar al que padece, a quien yace enterrado como un insecto y siente que la arena en torno se precipita y le cubre como una marea densa y opresiva. Pero antes de ahogarme les diré lo que pienso, antes de que la arena rellene mi boca, antes de que ciegue las cuencas vacías de mis ojos.



VERSOS PROCEDENTES DE NOVELAS MUERTAS

Recuerdo vuestras sombras en esta misma casa,
vuestras voces, el rostro, las miradas.
Poca dulzura hubo en vuestros gestos:
teníais de la vida un concepto angustiado.
Me oprime la miseria de esos años crueles,
de tanta queja inútil, de ese llanto apagado
en vuestros propios pechos, de ese rencor insomne.
De nuevo os veo en esta casa oscura
repleta de silencio, de tristeza inefable.
Suena la música, una noticia alegre
brota junto a nosotros, rodeada
por un ambiente recargado y lúgubre.
Por un momento la esperanza nace
de que el pasado es sueño en nuestra mente.
Se agitan los espíritus, parece
que entre nosotros cruza un aire nuevo.
Queda luego la casa en su silencio.
Nuestras sombras recorren los pasillos
lentamente, agotadas, recordando
la música suave, soñolienta.
Una sola palabra quizás y el aire mismo
hubiera cambiado por siempre en nuestra casa.
Todos esperan esa voz del otro.
Y nadie habla.
Y otra vez las sombras
se enredan en sus redes como antes.

La guerra os ha llevado a otros lugares.
El mar amigo no os sacude el aroma
y su acento busca torpe otro obstáculo.
Servís de parapeto
—oh ramas destrozadas,
pinos secos—
ante esa muerte de las balas suyas.
No son los pájaros los mismos
ni el hombre que os recorre lentamente.
Quedó dormida
—un silencio de muerte innumerable—
la playa de nuestros primeros años inocentes.

Quisiera contarte la vida maravillosamente alegre.
Pero eso es una cosa desacostumbrada
y escucharla es posible que nos sentara mal.
Hay en esa historia flores y risas claras de muchacha
y saltos ligeros con los cuerpos desnudos,
perdida por siempre la vergüenza de presentarnos íntimos.
Pero no, amiga, a eso no estamos habituados
y, posiblemente, nos siente de modo penoso.
También hay una música tan seriamente alegre
que, incluso a cuerpos nacidos en ese ambiente,
hace casi estallar en lágrimas.
¡Fíjate lo que provocaría en nosotros!
Por eso es mejor que me calle: sería lamentable
que escuchases una historia tan desesperanzadora.

No llamo por si mi voz no es escuchada.
No estoy seguro de merecer la aurora
de un nuevo sentimiento arrebatado
nacido en primavera inesperada.
Temo dañar la sombra arrinconada.
Perdona mi silencio avergonzado:
Me veo, torpe y viejo, ensimismado
ante una pobre senda que se acaba,
deseando escuchar tu voz renovadora,
previendo que tal vez no entienda nada.

Mis párpados se cierran como nubes
en torno al astro gris de mis pupilas.
Voy a vivir la vida que me place,
la aventura dormida en mi cabeza,
la misteriosa sombra que ahora sueña
escondida en mí mismo, como un ave
que no levanta el vuelo sino a oscuras.

No me queda razón, me queda vida.
¿La ves entre mis manos palpitando?
El mañana está oscuro todavía
y la solemne austeridad del campo
yace en silencio hasta que rompa el día.
No me queda razón. Adiós, hermano.
La vida me ha vencido. Sí, la vida.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

CAMPAÑA DE PRODUCCIONES TEATRALES Y MUSICALES

** Dos premios de 1.000.000 de pesetas*

** Seis premios de 500.000 pesetas*

FECHA FINAL DE PRESENTACION ASPIRANTES

31 de mayo de 1983

PREMIO VALENCIA DE LITERATURA

** Un premio de 300.000 pesetas*

FECHA FINAL PRESENTACION DE ORIGINALES

31 de mayo de 1983

PREMIO ALFONS ROIG DE ARTISTAS PLASTICOS

** Premios de 100.000, 250.000 y
500.000 pesetas.*

FECHA FINAL DE PRESENTACION DE OBRAS

31 de mayo de 1983

INFORMACION COMPLETA EN:

*LA COMISION DE CULTURA DE
LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
DE VALENCIA.*



FIN DE SIGLO

REVISTA DE LITERATURA

Redacción y Administración:
Delegación de Cultura del
Excmo. Ayuntamiento
C/. Ingeniero A. Gallego
Tel. 33 67 50
Jerez de la Frontera.

EDITORIAL MALVARROSA

BARNUN'S DIGEST de *Boris Vian*

EDITORIAL MALVARROSA
C/. Pare Cipriá, 10
ROCAFORT-VALENCIA

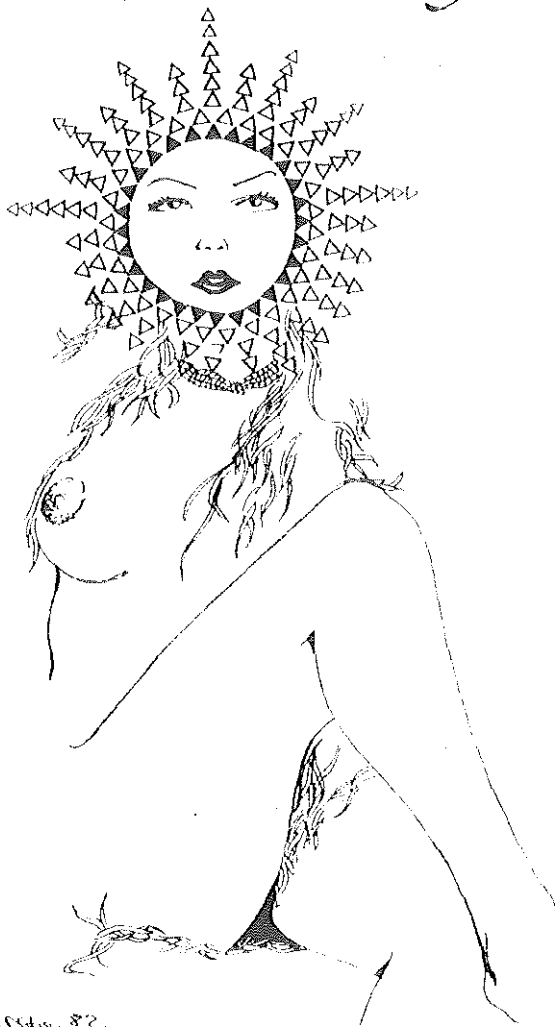


Cuadernos del Mar

- N.º 15 **DISTRITO MARITIMO** *Uberto Stabile*
N.º 16 **BALADA DEL ANGEL VIEJO** *Fernando Garcín Romeu*
N.º 17 **VALENCIA NIT BLUES** *Antología. AA.VV.*

CUADERNOS DEL MAR
Apartado 6.117
VALENCIA

Parises, Liturgias



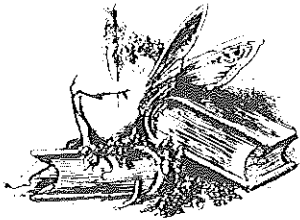
C. Selma, 82.

josé vicente selma

Diana Poemarios

Pedidos: José Martín

Auda. del Mediterráneo, 34
Puerto de Sagunto - Valencia



De esta monografía dedicada a Vi-
cente Muñoz Suay, realizada por
María Fernanda Mancebo y Vi-
cente Muñoz Puelles, se han
impreso 700 ejemplares en
la Copistería OCMO
de
Valencia

